

## XLVII

# UN CAPITULO DEL DIARIO DE CRISTIAN DELANDE

Temuco, jueves 8 de noviembre de 1906.

Durante toda la comida mi compañero y nuestro anfitrión no han hecho sino hablar con palabras vagas, encaminadas a despertar mi curiosidad, de un acontecimiento que mañana podremos presenciar en este pueblo. En torno nuestro el bullicio del comedor

del gran hotel, lo hace creerse a uno en el corazón de la capital, cuando estamos tan lejos, ya en medio de esa Araucanía que yo deseaba. Hasta aquí no he visto sino montañas taladas, vestigios del bosque indígena, lo que me hace temer si toda la región estará ya así, y más cuando anoche pude columbrar el lejano fuego de los roces que alumbra permanentemente con los volcanes la profundidad de estas noches australes, donde las estrellas tienen un fulgor inusitado: las del Sur, sobre todo, las cuatro de la Cruz.

Se ha tratado de despertar mi interés con medias palabras. Aseguran que hacía años no sobrevénía el suceso que habrá mañana al amanecer; que ha sido una suerte coincidiera con nuestro paso; que podremos asistir a él muy de cerca; y mi compañero agregó que si hubiera sido cosa de esperarse una semana para presenciarlo, él se habría quedado, porque sólo otra vez en su vida se le había ofrecido una ocasión semejante, en El Callao, durante una invernada. Mi-compañero (1) ha sido marino antiguamente y, como nuestro anfitrión es militar, yo me echo a suponer qué cosas pueden ilusionar a estos hombres hasta tal punto. Desecho desde luego la idea de un fenómeno celeste o de una novedad de arte y me fijo en las emociones brutales; o bien se trata de asistir a algún castigo corporal, algún desertor, tal vez, o...

—¡No será que vayan a fusilar a alguien! —digo de pronto, sobresaltado.

---

(1) Parece tratarse del padre de Cristián.

Ellos guardan silencio, sorprendidos, casi disgustados, porque me reservaban la sorpresa.

No hay miedo de que yo me excuse: el interés ¡qué sé yo qué clase de interés!, puede más... Y en la sala bulliciosa de aquel comedor, aspirando el humo de mi cigarro, pienso vaga, pero punzantemente en los reos que, a esta misma hora, estarán en capilla. Ahora ya sé que son tres: un viejo de setenta y cinco años, un hombre de cuarenta, y un mozalbete de veintiuno. ¿Qué crimen es el suyo? En torno mío lo relatan. Yo no escucho y pienso solamente en ellos, esos tres seres humanos que la justicia va a expulsar mañana de la tierra; de esta tierra donde no sabemos nada de nada, ni acerca de la vida, ni acerca de la muerte.

Mañana, al levantarse el sol, voy a atestiguar, pues, cómo se muere y cómo se mata...

\* \* \*

Viernes 9, 6 de la mañana.

Cuando nos dirigimos al cuartel, es una mañana gris y penetrante, que lo obliga a uno a mantener levantado el cuello del abrigo y las manos en los bolsillos. Temuco está desconocido. Por sus calles rectas y tranquilas corre ahora una avalancha de gente y, como es tan temprano, entre la niebla y el frío, se llega a dudar que todos esos sean seres reales. Emociones como la que vamos a experimentar, como la que expe-

rimentamos ya, hacen perder un poco la noción de la realidad y no es extraño que uno se crea en plena pesadilla.

Pasamos por la cárcel, frente a la cual se aglomera la muchedumbre, y penetramos al cuartel militar que está a su costado. En el casino de oficiales se nos espera a tomar desayuno, porque "todavía es tiempo". Vemos formado en el patio el cuadro de tropas que solemnizará el acto y un ordenanza se destaca para ir a notificar nuestra llegada al oficial amigo que debe acompañarnos.

Duerme todavía. Oímos el cómico diálogo sostenido, a través de la puerta y con todas las reglas de la disciplina, entre subalterno y jefe y, en vez de reír, nos sentimos nerviosos y estamos pálidos.

Por fin nos ponemos en marcha por una doble hilera de rosales; en lo alto se ve todavía la luna desteñida.

Ya la puerta de la cárcel se ha abierto para dar paso a la tropa y ha vuelto a cerrarse sobre aquel mundo de curiosos, a muchos de los cuales debe de haberles aclarado en la plaza. No presenciarán nada, sentirán apenas la descarga. Han visto entrar los ataúdes; tal vez divisen después los cadáveres que sacarán por la puerta trasera: Eso no impide que se agolpen ahí, empujándose y cambiando comentarios. El nombre del "Coyocho" (ladrón, en mapuche) está en todos los labios.

Hemos pasado frente a la puerta excusada y mi pensamiento vuelve a detenerse en la idea de que por allí los sacarán otra vez al aire de la libertad, cuando

ya no sean sino despojos. Y recuerdo lo que he oído decir del odio con que la gente de estos pueblos persigue a los bandidos, aún después de muertos; recuerdo lo que en Lautaro me contaron sobre uno de ellos que fue arrastrado sin mortaja ni ataúd, a tiro de lazo amarrado al arzón de un caballo, hasta el distante campo-santo.

El alcaide nos ha hecho pasar a los corredores y estamos entre los 129 detenidos, que han sido sacados de su celda para ejemplarizarlos con esta vindicta, cuando se abre la puerta de la capilla donde los condenados han pasado su última noche. Por las filas corre como un escalofrío. Tras de mí un reo viejo, culpable, sabe Dios de qué delito, da diente con diente y llora y se enjuga las lágrimas con el reverso de la mano. Y yo me fijo sobre todo en otro que lleva los fatídicos grillos y que dentro de algunos días, tal vez, será el protagonista de una ceremonia semejante.

Los condenados han salido. Avanzan, uno en pos de otro, cada cual con su capellán que le ayuda a bien morir, por jerarquía de edad y de alevosía, trabadas las piernas por grilletes que no deben quitarles ni en la fosa y que dan su tintineo dulce y triste. El "Coyocho" es el primero y me pongo a su lado para observarle.

Es un anciano de ojos inquietos tras de las cejas espesas como un matorral. Pegado a su oído, el sacerdote va diciéndole las oraciones de agonizantes que él debe repetir en voz alta; pero lo hace distraídamente y al pasar frente a la cancela, da una rápida ojeada. Aquel hombre espera algo todavía y, aunque estreche

la cruz contra su pecho, se me figura que en su corazón debe de dirigirle otra súplica muda, más ardiente.

Detrás siguen el otro con rostro de San José, al cual no le falta sino la vara, y el otro, un muchacho casi niño. ¡Dios mío! Han pasado y me encuentro desorientado, desconcertado, como fuera de mí. Cuando la lenta fila de presos se pone en movimiento, es maquinalmente que me incorporo a ella. Y es así, entre ellos, sin diferenciarme en nada, tal vez, ni en el alma, ni en el dolor, que llego hasta el patio donde se levanta el patíbulo.

Todo se ha hecho en silencio, pero va transcurrida ya una horrible media hora. Lentamente el reloj dio las siete campanadas, sin que se apresuraran por eso los preparativos. Ya los condenados están en aquel sitio que es como el trono de la infamia y, en ese instante, no se recuerda para nada su culpa. No nos hallamos sino frente a tres hombres que nos hemos arrogado el derecho de juzgar y condenar, para que se cumplan las escrituras “del que a hierro mata, a hierro muere”; pero, siguiendo el mismo razonamiento, ¿no podría hacerse una pregunta que oí, hace años, en boca de un niño?: “¿Y a estos que los matan, quién los matará después?”

Ahora se ha acercado alguien y se hace un mayor silencio porque va a leerse la sentencia; pero creo que a todos se les escapa el rápido movimiento de alegría, la transfiguración que sufrió el “Coyocho”, al escuchar las primeras palabras. Estoy seguro que, en ese momento, todavía ha creído se trata del indulto.

Lee el fiscal y enumera todos los crímenes come-

tidos por aquellos hombres que escuchan impasibles. ¿Qué pasa dentro de ellos? Y vuelve a susurrarse el caso de que el "Coyocho" ha protestado siempre de su inocencia.

Lee el fiscal. Dice cómo entraron a saco en la casa de una pobre familia, a orillas del Pichi-Cautín y acabaron con ella. A la madre le arrebataron su criatura de pecho, y el viejo, este mismo "Coyocho", según la justicia, la estrelló contra un poste. Después hicieron salvajismos. Después se deleitaron en el suplicio de sus víctimas. Después echaron la pobre mujer al río, con una piedra al cuello, y cuando algunos metros más allá logró salir a la orilla, le abrieron el seno de una cuchillada.

La sentencia ha concluido.

El fiscal se retira. Entonces el "Coyocho" pide que lo dejen hablar y se pone de pie.

—Yo soy inocente —dice su voz entera y sin el más leve temblor—, lo repito ante Dios que va a juzgarme. Perdono a todos. Recomiendo mi pobre familia, mis nietos.

Vuelve a sentarse. Su voz no volverá a sonar sobre la tierra. Aquella voz al borde de la tumba, nos ha causado un efecto penoso. ¿Puede alguien sostener una mentira hasta el instante supremo? Las oraciones se reanudan. De cuando en cuando el capellán consulta su reloj; ¡pero esto no acabará, Dios mío!

Sobre el banquillo, lentamente surge el sol y proyecta las tres sombras contra los sacos de arena donde

se embotarán los proyectiles. Siguen las preces de moribundos, dichas en voz lenta y baja, casi interior, pero dichas siempre como para acallar otra más interna... El piquete se ha desplegado al frente y pueden contemplarse los sentenciados con esos hermanos que van a disparar sobre ellos. Entonces se retira el alcaide, cuyo corazón de carcelero, no soporta, sin embargo, tanto.

El reloj vuelve a sonar el cuarto, y sólo entonces un guardia lleva los pañuelos para vendarles la vista. El "Coyocho" saca el suyo, lo dobla sobre la rodilla cuidadosamente, y después de echar una última mirada, él mismo se lo ciñe a los ojos. No sé por qué pienso en esos niños que van a jugar a la gallina ciega... Otro de los tres, como ha sido maniatado por detrás, se arregla los bramantes, para que no le rocen la piel. Y es horrendo pensar que esas manos, esos dedos, que se mueven; todo eso, no va a ser, dentro de un segundo.

Hay un silencio pesado que lo rompe en ese mismo instante la voz del alcaide hablando por teléfono con las autoridades: "—No todavía —grita—, pero ya les han vendado la vista".

Después suena el timbre que corta la comunicación y vanamente hubiésemos querido sorprender el gesto que habrán hecho ellos, los pobres, debajo de sus pañuelos.

Los sacerdotes se han retirado a un lado, pero siempre rezando en voz alta. Sigilosamente avanza el piquete hasta quedar a un paso de los banquillos y los oculta a nuestra vista. Lo último que he distinguido



es el crucifijo que sostiene el "Coyocho" y detrás del cual parece como que quiere escudarse. Pienso si no haré bien cubriéndome el rostro, pero tampoco me quedan fuerzas para moverme.

Los sacerdotes han comenzado el Credo; los soldados deben hacer fuego a las palabras "muerto y sepultado". Y la oración va desenvolviéndose lentamente. "Creo en Dios padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra; creo en Jesucristo, su único hijo, Nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del espíritu Santo, y nació de la Virgen María, padeció bajo el poder de Poncio Pilatos y fue crucificado, "muerto y sepultado", descendió a los infiernos..."

He visto entre la pólvora del fogonazo agitarse la cabeza calva del "Coyocho"; después suenan uno, dos, tres, siguen seis tiros de gracia. Ahora todo ha concluido.

Miro a los detenidos. Mientras nosotros nos acercamos para reconocer los cadáveres que han sido vueltos con toda prontitud por los guardianes y que sólo muestran las suelas del calzado, ellos no se han movido, cada uno de su sitio y ni siquiera han mirado, ¡ni uno solo de aquellos ciento veintinueve culpables! El viejecito llora a sollozos, casi a gritos, y el hombre de los grillos está intensamente pálido. Por el suelo uno de los sacerdotes busca los fragmentos de la cruz, que las balas hicieron pedazos.